

Roberto Andrés González, *Renovación del humanismo y emancipación antropológica: hacia una metafísica del umbral a partir de la filosofía de las formas simbólicas*, México: Fontamara 2013, 184 pp.

Este libro ofrece una interpretación de la antropología filosófica de Ernst Cassirer que no sólo resulta novedosa sino incluso necesaria dentro de la lengua castellana, toda vez que existe un gran desconocimiento del pensador alemán en América Latina.

## I

El hecho de que Roberto A. González parta de una Filosofía del Hombre tiene que ver con una clara lucha de parte de la filosofía contemporánea «por ampliar los márgenes» de una definición del hombre (p. 13). El autor, en esta ampliación, diagnostica que la diversidad de fuentes con las que se ha pretendido un estudio del hombre presenta el problema de cómo es posible «reunir, en una idea antropológica, las diferentes posturas acerca del hombre, y junto a éstas, toda esta gama de manifestaciones culturales, incluida la misma ciencia, sin que cada una de estas ciencias pierda su autonomía» (p. 14). Es desde este punto de vista que los trabajos de Cassirer se presentan como una vía asequible para ofrecer una solución a ese problema.

Para responder al problema de la integración de las diversas formas culturales en una definición del hombre, Roberto A.

González dividirá su trabajo en tres capítulos. En el primero, titulado «Para una Filosofía del Umbral», el autor ofrece una reconstrucción del pensamiento antropológico de Cassirer sin atenerse con ello al análisis de la *Antropología Filosófica*, pues amplía su estudio hacia las formas simbólicas (mito, religión y lenguaje), explicando cómo el hombre es el denominador común de estas formas. Se presentan tres resultados en este capítulo: se puntualiza la idea de que el hombre, en tanto que Espíritu, «construye» un mundo simbólico con el cual logra conocer y vivir dentro de su entorno (p. 21-40); un segundo resultado se encuentra en su estudio sobre el «símbolo», remarcando que, si bien el hombre es el constructor de las diversas formas culturales, el símbolo hace posible que el hombre construya las diversas formas. En este punto se distingue entre «signo» y «símbolo»: «el signo posee una connotación positiva, es decir, pertenece a una parte física del ser. [...] Mientras que, por su parte, el símbolo no posee una connotación física u orgánica, sino funcional» (p. 53). Con esta distinción Roberto González construye una definición que servirá de base para el resto de su estudio: «el hombre es por antonomasia el ser simbólico, y como prueba de ello está el despliegue precisamente del espíritu en lo abierto de la cultura» (p. 56); el tercer resultado lo ofrece hacia el final del capítulo donde se revisa al mito y la religión acentuando las diferencias entre cada una de las formas: mientras que el mito no permite una comprensión puntual del *yo* del hombre, en la religión se alcanza un estado de comprensión basada en la relación y distinción de lo verdadero frente a lo aparente. Ahora se trata de comprender al hombre como un ser que se comprende a sí mismo en la medida en que entra en relación con un ser superior. En el segundo capítulo —titulado «Renovación del Humanismo y emancipación antropológica»— el autor declara abiertamen-

te que mediante «el concepto de “espíritu”, Cassirer quiere reunir la [diversidad] de las expresiones del hombre» (p. 74). Esto hace posible que al hablar del mito, la religión, el lenguaje o la ciencia se esté, al mismo tiempo, hablando del hombre. Roberto González explica que para el filósofo alemán con el estudio de la «obra» se estudia al «agente» y viceversa. Con esto –escribe Roberto González– se:

realiza una confección metodológica sumamente arriesgada, [pero con ello el] espíritu en Cassirer se ha vuelto enteramente dinámico, y en virtud de esta función éste se encuentra tendido hacia su emancipación. De esta manera tenemos que la posibilidad de un nuevo humanismo se finca en función directa a la reunión sistemática de las expresiones espirituales (pp. 73-74).

El símbolo es el puente entre cada función simbólica (mito-lenguaje-ciencia). El hombre, se explica hacia el final del capítulo, habita simbólicamente el mundo toda vez que es él mismo quien lo construye. Tal construcción avanza por al menos dos funciones: la *función expresiva* que ofrece una salida al problema de la dualidad entre el alma y el cuerpo y la *función significativa* que otorga un sentido y comprensión a todas las acciones que el hombre emprende. A través de estas funciones el hombre se presenta como el verdadero agente del mundo simbólico que habita: «El hombre es el único ser que está obligado a construir su morada [pero] esta morada tiene que irse remodelando constantemente por la fuerza activa de su espíritu, justamente por esto es que el hombre habita simbólicamente en el mundo» (p. 119).

El tercer capítulo ofrece una revisión de las formas simbólicas a partir de una «Entreveración de caminos: la filosofía de las formas simbólicas y el debate metafísico contemporáneo»,

en donde se revisa el mito y la religión, el lenguaje y el concepto de hombre, todo esto a partir del diálogo con otros filósofos. El primero de ellos es Hegel (p. 121-145), cuyo tema rector es la religión y uno de los principales resultados del debate es la señalización de que parte de la metodología empleada por Cassirer tiene su origen en la *Fenomenología del Espíritu*; el segundo debate propuesto tiene como eje temático el Lenguaje, y particularmente la «expresividad» en Ernst Cassirer y Eduardo Nicol (pp. 145-166). Roberto González explica que entre ambos pensadores existen coincidencias notables: Nicol encontró en el alemán un punto de partida, pero en lugar de atenerse a un estudio puramente lingüístico de la expresión como Cassirer, el mexicano-catalán ofreció una interpretación mucho más rica al plantear la necesidad de un estudio que no se atuviera a lo dicho sino que contemplara las relaciones (situaciones vitales) del hombre y sus formas de expresión. El tercero y último debate ofrece una interpretación, más que del encuentro en Davos entre Heidegger y Cassirer, del concepto de hombre en ambos autores (pp. 166-175). En el apartado se resaltan los puntos centrales entre ambas visiones, haciendo ver que para Heidegger el *ser* debía entenderse como el centro de la reflexión filosófica, desplazando en consecuencia al *ser* humano. Roberto González acentúa que en tanto que para Cassirer el *hombre* era la unidad de toda la reflexión filosófica (pues cada una de las formas simbólicas tienen sentido y forma en y a través del hombre), en Heidegger el hombre tiene sentido y forma en el *ser*.

## II

El rápido interés que ha cobrado la filosofía de Cassirer y el persistente desconocimiento de su obra genera constantes de-

bates entre sus estudiosos. Tres necesarias interrogantes se le plantean a esta obra de Roberto González.

Primera: La falta de un análisis del estado de la cuestión, pues de ese modo se podría comprender mejor que este trabajo, en lugar de una propuesta humanista que se basa en el sistema general de pensamiento (Gutmann), del símbolo (Krois), de la metafísica (Verene) o de la ética (Grosholz), plantea como punto de reflexión inicial la *Antropología Filosófica* y de allí avanza hacia la *Filosofía de las formas simbólicas* (FFS).

Segunda: La ausencia de una mayor precisión en el concepto de «función» usado por Roberto González. En el documento, en algunas ocasiones, refiere a una «actividad» del espíritu y, en otras, se aproxima a las «relaciones» que el espíritu (hombre) mantiene, sin ofrecer una definición puntual del término y cómo es que debe entenderse en Cassirer.

Tercera: Falta también aumentar las fuentes de trabajo del autor, éstas dejan clara la intención de Roberto González por aproximarse a una interpretación antropológica de la FFS, pero se echa de menos una revisión crítica de los resultados de la filosofía de Cassirer. Aunque los debates en el último capítulo nutren la lectura, nunca sobra tener en cuenta otras fuentes de apoyo que apuntalan mejor un trabajo de esta naturaleza.

### III

Más allá de las respuestas a los puntos anteriores, el haber puesto en la mesa de debate filosófico contemporáneo una vía cultural para el estudio del hombre, contiene ya elementos enriquecedores para la comprensión de los problemas actuales. Las dudas e intereses posteriores a la lectura de este

documento serán en todo caso una invitación a recuperar la obra de Cassirer y adentrarse en sus problemas.

Gustavo Adolfo Esparza Urzúa  
Universidad Autónoma de Aguascalientes